

INTRODUCCIÓN

El proyecto de realizar un coloquio titulado *Relegados al margen: marginalidad y espacios marginales en la cultura medieval* surgió a comienzos de 2006 con la voluntad de ofrecer un nuevo enfoque al tema de la marginalidad en la Edad Media, tantas veces abordado. En primer lugar, se quería dar una especial importancia a la representación artística en tanto que elemento para el estudio de la sociedad medieval, siendo ésta un reflejo privilegiado de las mentalidades. La imagen permitió comunicar valores a un público iletrado y, por tanto, muy amplio, además de ser capaz de representar a través de formas y símbolos conceptos que no siempre podían ser puestos por escrito.

Sin embargo, no sólo interesaba analizar la imagen del *marginado*, sino también el arte propiamente *marginal*: el arte relegado a espacios secundarios y las razones de esa subordinación. Por otro lado, el estudio del *margen* en un sentido tan amplio no ofrecería una perspectiva completa sobre el problema si no se tratara desde la multidisciplinariedad, en un esfuerzo conjunto de la Historia Social, la Filología, la Historia de Género y la Arqueología que, unidos a la Historia del Arte, ofrecerían una panorámica de los colectivos, comportamientos, ideas y formas *marginales* en el Medievo.

El resultado de tales premisas fue el Coloquio Internacional celebrado en el Instituto de Historia del CSIC (Madrid) durante los días 7, 8 y 9 de marzo de 2007. La calidad de las distintas intervenciones hacía necesaria la publicación de un volumen colectivo de estudios que recogiera las valiosas aportaciones de los especialistas reunidos.

Tres secciones temáticas sirven para agrupar las contribuciones. La primera lleva por título *El hombre y el espacio: frontera territorial y frontera social* y está destinada al estudio de las barreras físicas como delimitadoras de espacios y grupos sociales, así como su posible efecto de subordinación de unos a otros. Los diversos cambios convulsos que caracterizaron al período medieval hicieron que distintas civilizaciones, con ideales culturales diversos, tuvieran que tomar como referentes aquellas que les precedieron o con las que convivieron en las coordenadas espacio-tiempo, empleando los bordes de los manuscritos como espacio de una nueva formulación cultural. Inmaculada Pérez plantea cómo el análisis de los códices científicos bizantinos muestra que el producto de la meditación sobre los textos matemáticos griegos permaneció encajado en su lugar natural y claustrofóbico: el margen. Algunas veces, de la complejidad del escolio se deduce que el erudito ha trabajado fuera de los márgenes y, a continuación, ha vuelto a los mismos para dejar constancia de ello. En otras ocasiones, se adquiere la certidumbre de haber encontrado una solución innovadora y entonces se rompe el corsé: se incluye el descubrimiento en un folio añadido al libro o se escribe

un opúsculo que no es otra cosa que una nota marginal que ha adquirido, finalmente, vida propia. Por su parte, Cyrille Aillet se centra en la presencia de glosas en árabe en los manuscritos “visigóticos”, al representar un indicio valioso para la historia interna de cada ejemplar e informar sobre las prácticas lingüísticas e intelectuales de los cristianos arabizados, tanto en territorio islámico (hasta el siglo XII) como en los reinos cristianos y en Toledo, donde el uso del árabe se mantuvo en la comunidad *mozárabe* hasta el final del siglo XIII.

La problemática de la realidad cristiana en al-Andalus implica que ésta se deba analizar también desde la perspectiva arqueológica y, en este sentido, Fernando Arce presenta varias situaciones y escenarios en los que el patrimonio inmueble se ve afectado por acciones tanto positivas –conservación y mantenimiento, nuevas construcciones– como negativas –abandonos, destrucciones–. La creciente investigación de estos edificios y el contexto en el que se crearon, hacen necesario su estudio y muestran cómo determinadas estructuras arquitectónicas responden a unas circunstancias históricas precisas. Francisco Moreno, aún consciente de estar lejos de conocer con exactitud cuáles fueron los factores precisos que condicionaron la actividad religiosa y económica de la población de Melque entre los siglos VIII y X, plantea cómo existen suficientes argumentos para asegurar que su desarrollo no fue ni mucho menos pacífico, puesto que la excavación ha determinado la existencia de un período convulso que llevó aparejada una notable transformación de los terrenos inmediatos a la iglesia e, incluso, de parte de los espacios del interior del templo en el siglo XI. Se trataría, por tanto, de una respuesta constructiva a un fenómeno de amenaza exterior.

Esta sección concluye con una innovadora visión del tópico asumido por la historiografía sobre la ruralidad del mundo medieval y se establecen nuevas perspectivas de análisis. Adeline Rucquoi plantea el concepto de “campo como margen”, como espacio de lo salvaje, de lo inhumano, espacio sin ley que habitan seres salvajes y rústicos. Se trata del espacio de la caza cuando es bosque, pero también es el espacio de la agricultura. El trabajo del campo, duro y esclavizante, es lo que más se aproxima a la maldición bíblica propia del varón: el castigo por haber perdido el paraíso. El rústico o campesino, al vivir con los animales, acaba impregnándose de su animalidad. El campo es también el espacio de la guerra, donde se enfrentan los hombres, es el campo de batalla y el de las justas. Es el lugar preferente de la violencia, y los malhechores son sus señores. Pero ese mundo *al margen*, que se sitúa en los márgenes de la civilización, empieza a ser integrado en ésta a partir del siglo XIII.

La segunda sección, bajo el nombre *Figuras y colectivos al margen*, consiste en la aproximación al estudio de grupos sociales *marginales*, así como a la marginación de ideas, a través de diversos tipos de fuentes. Los mecanismos de exclusión y las razones de la misma forman parte inevitable del contenido de estos trabajos. Cristina Segura lleva a cabo un análisis de la presencia de la cultura femenina en los márgenes del pensamiento dominante durante los últimos siglos de la Edad Media. Su trabajo permite comprender hasta qué punto la cultura marginal está determinada por la cultura hegemónica, eminentemente patriarcal, que establece aquello que ha de ser *apartado*. La autora demuestra que a pesar del silenciamiento del colectivo femenino, recluido en el ámbito doméstico y alejado de las letras, existen testimonios escritos que dan muestra de la labor intelectual de numerosas mujeres. Estos textos en ocasiones llegaron a ser depositarios de valores subversivos y heterodoxos dentro del sistema patriarcal.

Otro colectivo *marginado* en el Occidente cristiano medieval, el musulmán, es analizado en dos artículos sobre la imagen románica como propaganda de la guerra sacralizada contra el Islam. Por un lado, Claudio Lange, denuncia la *ceguera* de la historiografía del arte al no abordar los programas iconográficos románicos como portadores de una fuerte carga antiislámica dirigida a promover las cruzadas. El autor realiza un recorrido por la iconografía de algunos importantes templos románicos interpretando imágenes bestiales y obscenas como representaciones

del *enemigo* musulmán, dirigidas a ridiculizarlo, a ofenderlo y a suscitar una actitud agresiva contra el mismo. Lange analiza así la imagen de un colectivo difamado al tiempo que persigue la *desmarginalización* de la perspectiva antiislámica dentro de los estudios de iconografía románica. Inés Monteiro, por su parte, centra su estudio en las cabezas humanas presentes en los canecillos románicos, espacios marginales dentro de la iglesia. La autora considera algunas de estas imágenes como *cabezas-trofeo*: la representación de cráneos mutilados musulmanes. Se justifica esta interpretación exponiendo la familiaridad con la práctica decapitadora en el contexto de las luchas cristiano-musulmanas, tanto en el plano histórico como en el del imaginario colectivo, sirviéndose de diversos tipos de fuente –textos monásticos, crónicas y cantares de gesta–. Por último, se estudia la evolución del tema de la *cabeza de moro*, que pervive en la heráldica hasta la actualidad.

El trabajo de Fernando Villaseñor se vuelca en el estudio de la imagen obscena en época bajo-medieval. La ubicación de estos temas en espacios de escasa visibilidad y su destrucción a lo largo de los siglos por ser considerados ofensivos explican, para el autor, la relativa desatención historiográfica que han recibido. La asombrosa variedad y riqueza plástica de las imágenes obscenas deja, no obstante, ciertas dudas respecto a la función e interpretación de las mismas, que resulta controvertida. Villaseñor apunta a un puritanismo intelectual apegado a directrices morales contemporáneas –ajenas al contexto medieval– como causa de una interpretación inadecuada de las mismas y reflexiona sobre la doble marginación de dichas imágenes: la de la época en que fueron creadas y la que la historiografía del arte ha profesado después.

José Gaspar Birlanga se adentra en el estudio de las ideas estéticas medievales como ámbito de intencionada marginación de los aspectos sensualistas. Para el autor, la asociación del Bien a la Belleza dentro del pensamiento cristiano medieval lleva a la *ocultación* de un concepto de belleza sensual en beneficio de una noción canónica y trascendente de la misma. Se analizan las nociones de indisolubilidad de la *kalokagathía* –Belleza y Bien– y, sobre todo, la *principalidad* del Bien sobre la Belleza –inaugurada en la Vulgata– como responsables de la primacía de una noción estética neoplatónica.

La tercera sección, con el nombre *Arte en el margen y representación del marginado*, aborda las manifestaciones artísticas consideradas marginales por su ubicación, así como la representación de los colectivos marginados en el arte y sus rasgos iconográficos. La primera parte de esta sección se ocupa de la representación del marginado en el arte medieval. ¿Cuáles fueron los colectivos marginales que se figuraron con mayor frecuencia? ¿En qué contexto? ¿Es posible definir la condición y situación social de los excluidos a partir de su representación artística? El trabajo de Miguel Larrañaga se enfrenta desde una nueva perspectiva a la imagen románica, interrogándose sobre la función –“¿marginal?”– del arte como legitimación del poder feudal. Sirviéndose de elementos tan diversos como son la literatura homelítica, la iconografía, la arquitectura y la distribución del espacio litúrgico en el templo románico, el autor demuestra cómo una de las funciones más relevantes del arte románico es, sin duda, la de legitimar el orden político existente. La ideología de la salvación será el instrumento empleado para justificar una sociedad fuertemente jerarquizada.

Dos de las figuras marginales más habituales en el arte serán la del pobre y la del enfermo, que con frecuencia aparecen unidos en el imaginario medieval, llegando a producirse cierta identificación entre ambos. Ana Belén Muñoz estudia su representación en el contexto bíblico durante el románico, a partir de las figuras de Job, el pobre Lázaro y los enfermos de las curaciones milagrosas de Cristo. La desnudez, la malformación y la actitud desvalida de los personajes, así como ciertos atributos característicos, constituirán una constante en la formulación iconográfica de estas figuras. Por otra parte, la autora indica que lo que caracteriza específicamente a la iconografía de pobres y enfermos en el contexto bíblico, será su significación, fuertemente vinculada con el mensaje del Antiguo y del Nuevo Testamento. Fernando Gutiérrez, por su parte, analiza los tres

colectivos marginales que con mayor frecuencia aparecen en la pintura gótica lineal en ámbito hispano. En primer lugar, los pobres, caracterizados por su desnudez y percibidos en la sociedad medieval como algo inevitable que posibilitaba el ejercicio de la caridad en beneficio de la salvación de quien la practicara. La marginación de las mujeres, consideradas conductoras del pecado, se traduce en el campo iconográfico en una constante cosificación de las mismas y en una perpetua invocación al control masculino que sobre ellas era necesario ejercer. Por último, las minorías étnicas, en especial los judíos, que se convierten en objeto de una iconografía difamatoria y que invita a la represión.

Wifredo Rincón acomete el estudio de la caridad en los programas hagiográficos principalmente de la pintura gótica hispana. El ejercicio de la caridad permite la representación de pobres y enfermos, si bien la asistencia a los menesterosos, no es la única obra de caridad. El autor ofrece un amplio recorrido por las obras de misericordia y su representación en el arte medieval español, aproximándonos a muchas de ellas y destacando el apoyo a los peregrinos; la actitud caritativa de San Cristóbal, que lleva a hombros a quien no puede cruzar el caudaloso río; la redención de cautivos y las tareas de enseñanza.

Lucía Lahoz analiza la representación de marginados y proscritos en la escultura gótica. Tomando como fuente la representación de los castigos infernales en la inacabada portada de la catedral de Tudela, la autora aborda las diferencias y la diversidad de las figuras apoyándose en diferentes textos –homeléticos, hagiográficos, bíblicos, jurídicos, apócrifos– y es capaz de distinguir posturas antisemitas en la representación de ciertas figuras, como el castigo de la avaricia. A la vez, presta una especial atención a los contextos donde se insertan tales representaciones de figuras marginales para, de este modo, poder determinar el papel que desempeñan las audiencias y la recepción de las diversas obras.

Por su parte, la aportación de David Chao ofrece una amplia visión de la iconografía de la marginalidad en el arte peninsular a fines de la Edad Media e inicios del Renacimiento. En este momento en el que la Península Ibérica sufre diversos cambios de orden político y religioso se observa un gran interés por las minorías desfavorecidas, aunque habitualmente desde posturas críticas y discriminatorias. En su amplio recorrido Chao se aproxima a la iconografía de la mujer –especialmente prostitutas y alcahuetas–, homosexuales, pobres, vagabundos, enfermos y el *otro* fantástico –el *salvaje*– así como los colectivos marcados por la raza y la religión –judíos, moriscos, negros africanos y, ya a partir de inicios del siglo XVI, los indios americanos–.

En numerosas ocasiones las representaciones artísticas ubicadas en espacios considerados secundarios no han sido suficientemente valoradas a lo largo de la Historia del Arte, precisamente debido a su ubicación marginal. En este sentido se hace necesaria una revisión de tales representaciones que permita una panorámica completa del contexto artístico medieval. Junko Kume analiza la jerarquización del folio iluminado altomedieval, con especial atención al papel de la iluminación marginal, considerando como tal no sólo toda representación ubicada fuera de la columna de texto, sino también aquella iluminación que no se integra dentro del aparato iconográfico dominante en el códice. Las conclusiones de la autora son reveladoras: en primer lugar, constata que los bordes del folio no son en absoluto un espacio secundario o independiente del contenido textual; por otro lado, aunque su significación pueda considerarse secundaria, las iluminaciones no vinculables con el aparato iconográfico dominante aparecen en muchas ocasiones en el espacio de la caja del texto, esto es, en el espacio principal del manuscrito. En la misma línea se encontraba la intervención de Ana Domínguez sobre la representación de los *marginalia* en el *Primer Lapidario* de Alfonso X, el Sabio, que lamentablemente no ha podido ser recogida aquí.

La representación artística en otro medio secundario es analizada por Patricia Sela del Pozo al estudiar los motivos iconográficos presentes en las hostias eucarísticas durante la Baja Edad Media. La desaparición del objeto en sí, la hostia, hace necesario acudir a otro tipo de fuentes. Los textos

de comentaristas de la liturgia o testimonios conservados de la legislación conciliar y sinodal, así como la figuración pictórica de la eucaristía en temas como la Misa de San Gregorio, ofrecen pistas sobre tales representaciones. No obstante, la fuente más directa son los moldes para la fabricación de las hostias y, sin embargo, su estudio apenas ha sido abordado al no ser considerados dentro de la categoría de objetos artísticos, sino simples elementos funcionales.

La diversidad, riqueza y calidad de las distintas aportaciones recogidas en este volumen permite hallar coordenadas comunes en ámbitos disciplinares muy diversos y comprender el modo en que las culturas hegemónicas pueden estudiarse a través de distintas realidades relegadas a ellas. Tal y como se exponía al comienzo, la multidisciplinariedad se hace necesaria para poder aunar perspectivas parciales y adquirir, por tanto, un mejor conocimiento del pasado. La satisfacción ante los resultados obtenidos nos impulsa a continuar con la realización de nuevos coloquios en los que la *Relegación* constituya el objeto de estudio, convirtiendo al *margen* en el centro de nuestras miradas.

No podemos concluir sin manifestar nuestro más sincero agradecimiento a todos los participantes por su profesionalidad; a los Departamentos de Historia Antigua y Arqueología e Historia del Arte del CSIC, a través de los doctores Wifredo Rincón García y Luis Caballero Zoreda, por las posibilidades que nos brindaron para la organización y celebración del Coloquio; a la Universidad SEK (Segovia) por su colaboración a través del doctor Miguel Larrañaga Zulueta. Es necesario mencionar las ayudas económicas recibidas del Instituto de Historia y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que, además realiza el esfuerzo de publicar, dentro de su colección Biblioteca de Historia del Arte, las presentes contribuciones.

Inés Monteiro Arias
Ana Belén Muñoz Martínez
Fernando Villaseñor Sebastián